

## ***El pan y el vino***

Efraín Barquero

Santiago de Chile: Lom, 2008, 68 Páginas

Ya resulta un lugar común en el ámbito de los estudios literarios afirmar que las expectativas del lector juegan un rol clave en la lectura de una obra. Pero este principio general deja de ser una expresión trivial cuando nos hallamos frente a textos que se nos publicitan con el aderezo de un galardón. Es lo que sucede, por ejemplo, con el poemario *El pan y el vino*, del recientemente merecedor del Premio Nacional de Literatura, Efraín Barquero (1931). Que dicho conjunto poético haya sido publicado el mismo año en que se homenajeó a su autor con el máximo reconocimiento en las letras nacionales, nos llevó a pensar, quizás pecando de inocencia literaria, que nos encontraríamos con un texto en el que los destellos poéticos serían *pan* de cada página. Y si a nuestro candor le sumáramos las sugerentes palabras de la contratapa, la posibilidad razonable de toparnos con admirables aciertos literarios nos resultaba aun más alejada de su configuración como mera conjetura. La invitación era a descubrir, como leíamos, “la búsqueda de una epifanía humana en medio de un mundo cada vez más desbordado por la técnica y la fragmentación”, y a reconocer una voz “que mantiene la ligazón con el mundo de los antepasados y la naturaleza”. Y es verdad que en cada uno de los poemas –27 de ellos titulados, que dialogan con otros tantos carentes de nombres– asistimos al reencuentro con esos otros que nos anteceden o acompañan. Y es cierto también que escenas cotidianas se recrean con cierto naturalismo poético y que el poeta se vuelve cantor de lo humilde, como si solo en ello y en la naturaleza se pudiese mostrar más nítidamente la esencia, las raíces de lo humano. Pero si ya nuestras palabras suenan a crítica manida, de la misma manera repiquetean los versos de Efraín Barquero.

En los textos del poeta chileno el sentir del hombre se manifiesta en un estado de simplicidad natural, alejado de toda artificiosidad poética. Barquero pareciera valorar la expresión sin dobleces, más espontánea, más cercana a la experiencia diaria. La llaneza lingüística

se corresponde, asimismo, con los principios morales que cruzan sus versos: simplicidad, serenidad, ingenuidad, compañerismo...Pero estas características no logran proveer a *El pan y el vino* del encanto de la naturalidad. Si este poemario inspira un placer, no es este de carácter estético. Un placer de carácter moral –con todas las aprehensiones que algo así puede despertar– es el que podría enarbolarse en estas páginas. Un título de claras resonancias neotestamentarias, de evocaciones cristológicas, actúa como evidente indicador catafórico. Y el resultado es una obra de simbolismos que, por su recurrencia, han perdido todo misterio en su capacidad asociativa. Así nos dirá: “el pan y el vino que ofrezcas / te hará vivir en tus invitados / mucho más tiempo que vive un hombre en la tierra”. Y más adelante afirmará que “todo lo que se hizo carne y sangre | en el hombre / se sublima en el | pan / se redime en el vino”. Juegos metafóricos sobre el hambre y la sed, sobre el sustento diario, permiten hablarnos de solidaridad y simpleza. El sentido eucarístico, la transustanciación del pan y del vino, apuntan aquí a un sentido metafísico del alimento como aquello que posibilita la comunión con el otro. La vida concebida como el encuentro en torno a una mesa, el prójimo como un comensal en el que el hombre se refleja –pues “todos los caminos del hombre se parecen”– nos hablan de existencias que dejan de ser ajenas cuando convergen alrededor del pan y del vino: “Y la mujer al recordar / pareció ver de nuevo al desconocido / que ya no un extraño / sino un hombre con sed y con hambre”. El sacramento, así, se humaniza.

Poesía de contemplación, meditativa y reflexiva, poesía entendida también como comunicación y como conocimiento, pero que ve mermada su eficacia al devenir monótona y algo sermoneadora, especialmente en aquellos textos sin título que, más que una voz en *off* –como se afirma en la contratapa–, parecen eruirse como glosas aclaratorias de una prédica ya lo suficientemente diáfana como para necesitar recurrir a la redundancia. Si la poesía ha de contribuir solamente al enriquecimiento moral de los individuos, nada habrá que reprochar a este nuevo poemario de Efraín Barquero. Pero si somos de la estirpe lectora que busca en la obra literaria una gratificación estética, el estrenado Premio Nacional de Literatura nos parece en deuda.